

14
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

N.º 394

25 CTS.



¡ABAN-
DONADA!

POR
Shirley Mason
William Collier

CAPRA, Frank



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

ADMINISTRACIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 394



¡ABANDONADA!

(SO THIS IS LOVE?, 1928)

Interesante sátira del ambiente cinematográfico, basada en una célebre novela de

ANITA LOOS



EXCLUSIVA DE
Importaciones Cinematográficas, S. A.

Aragón, 252 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MARGARET MANN

¡Abandonada!

Argumento de la película

Aquella mañana, en el bosque inmediato al pueblo donde vivían modestamente, Johnny y Sally proseguían su tierno idilio de palominos enamorados.

Para Johnny no había en el mundo una muchacha más linda que su novia, y todas sus esperanzas se cifraban en casar algún día, lo antes posible, con ella, para hacerla incomparablemente dichosa.

Pero Sally tenía muchos pajaritos en la cabeza y, claro, como éstos tienen alas, su pensamiento volaba, volaba... muy lejos de Fernwood, su pueblo natal.

Johnny era mecánico, especializado en la construcción de piezas para aviones, y gozaba de generales simpatías en la localidad,

suspirando por él más de cuatro solteras nada despreciables como mujeres y como partidos; pero él no les hacía caso, preocupado tan sólo por su pasión hacia Sally y por su trabajo, al que se entregaba con fe de creador.

Sally vivía con su madre y su abuela, que la querían entrañablemente.

Sin embargo, de un tiempo a aquella parte ambas mujeres tenían frecuentes desavenencias a causa de Sally, por haberse empeñado ésta en dar cima a su al parecer más cara ilusión, que consistía en trasladarse a Hollywood, para convertirse, apenas llegada, según sus propias palabras, en famosa artista de cine, cual si esto fuese cosa de coser y cantar, o menos todavía.

La madre de la ilusa compartía su idea y, naturalmente, la alentaba; ocurriendo lo contrario en la abuela, que no se cansaba de aconsejar a su hija y a su nieta sobre tan importante punto, basándose en la experiencia de sus numerosos años.

Y aquel día, muy avanzada ya la realización de la anhelada quimera de Sally, dijo la abuela a la madre:

—Te repito nuevamente que creo que haces mal en dejar a Sally marchar sola a Hollywood, ya que estás decidida a que vaya a esa ciudad del demonio.

—¿Cómo puede ser de otro modo, si nosotras no podemos acompañarla? Si me ne-

gase a dejarla marchar, malograría sus ilusiones y su porvenir ¡y eso, nunca!

—¡Todo eso es pura fantasía! ¡Dios quiera que no tengamos que arrepentirnos de haberla soltado como a una paloma ansiosa de albedrío!

—No seas mal pensada... ¡A Sally, no lo dudes, la está aguardando el triunfo!

—A mí nadie me quitará de la cabeza que mi nieta va a cometer una locura, y si fuera mi hija, te aseguro que no la dejaría alejarse de mi lado.

—Tú eres de otra generación, mamá... de aquellos tiempos en que las madres cosían a sus faldas a sus hijas, como si apartadas de ellas tuviera que sucederles las cosas más atroces.

—Yo seré lo que tú quieras, pero no me negarás que antes se cometían menos errores que en vuestros tiempos de cine y de mil pestes más.

—No seas tan pesimista, mamá... Ya verás cómo a nuestra Sally no le ocurre nada desagradable. Afortunadamente, sabe dónde tiene la mano derecha.

—Todas lo saben... y con la misma facilidad que se sabe, se olvida.

—Ella no es como muchas... ya lo verás... Entretanto, camino de regresó a sus respectivos hogares, Sally y Johnny se detenían ante un sugestivo anuncio que prego-

naba las excelsas cualidades de una artista de cine.

Johnny hizo un gesto de indiferencia; pero Sally, admirada, exclamó:

—¡Ya verás cuando me vaya a Hollywood cómo leerás también mi nombre en todas partes!

El joven se sobresaltó al oírla hablar de tal suerte, y mirándola con reproche, al mismo tiempo que lleno de ternura, murmuró:

—¿De modo que no renuncias a esa locura?... ¿Y nuestra boda?...

—Esa sería la locura: casarme. ¡Y yo quiero ser "estrella"!

—Pero, Sally... ¡Tú qué sabes si sirves para eso! ¡Tú qué sabes!

—¿Que no lo sé? Muy pronto pienso tener ocasión de demostrártelo.

—¡Qué barbaridad, Señor!

—¡Lo que tú quisieras es que yo fracasase, pero no te daré ese gusto!

Johnny no cedió terreno en aquella disputa de enamorados, y como Sally estaba convencidísima de que servía para algo más que para novia de un provinciano, se mantuvo firme en sus trece, y, enojada por el tesón de Johnny en llevarle la contraria, lo plantó en mitad de la calle, dando por terminadas sus relaciones.

No hay nada que moleste más a un iluso que el que le digan, sin enviárselo a decir,

que va derecho al fracaso. Compréndase, pues, cuánto odiaba Sally a Johnny desde aquellos momentos... aunque muy en el fondo de su corazón reconocía que le amaba...

Y llegó el día de la partida de la futura "estrella".

La madre y la abuela la despidieron emocionadas, y dijole la primera:

—Supongo que me escribirás a menudo y que te portarás bien...

—Sí, mamá...

—Y ya sabes—intervino la abuelita—que una buena muchacha se acuesta siempre temprano, como las gallinas.

—Sí, abuelita... Mis costumbres no variarán en nada.

—Así lo espero...

Johnny tuvo que reprimir su indignación, que amenazaba cegarle, aconsejándole que impidiese la partida de aquella locuela; y al verla desaparecer en el sinuoso camino de hierro, no pudo contener unas lágrimas.

¿Qué le reservaba el Destino a Sally?

¿Por qué no había aceptado su amor antes que nada?

¿Hallaría, fuese donde fuese, algo más consistente que su cariño?

¡No! ¡No! Y en medio de su amargura, Johnny se asió a la esperanza, que le llenó de consuelo, de que Sally reconocería presto su error y volvería a Fernwood...

* * *

¡Hollywood! La fabulosa ciudad de las ilusiones... Gloria, calvario, risa, lágrimas...

Cual lámpara maravillosa, la Meca del cine atrae a millares de ilusas, sin más méritos, para triunfar, que su ingenuidad, y que sufrir, apenas en contacto con ella, el más desastroso de los desencantos.

Y es que las muchachas de nuestros días, intoxicadas de ambiente de celebridad, llenas sus cabecitas, más o menos adorables de alabanzas a las glorias de la pantalla, se creen, están convencidas, de que ellas pueden ser dignas de los mismos elogios, y no vacilan en ofrecerse como verdaderos valores cinematográficos, reincidiendo en el pecado tantas veces como se repiten los concursos de belleza o de cualidades fotogénicas.

Es algo verdaderamente lamentable lo que ocurre con la manía del cine. Si se pudiera referir las atrocidades que muchos individuos han cometido con estas chiquillas sin dos dedos de reflexión, que no contentándose con la suerte que les ha deparado el Destino sueñan con las mayores tontorriñas, para caer desde la cima de ellas destrozándose el corazón, diríamos horrores, pa-

ra poner sobre aviso a las incautas. Pero, a buen entendedor, es decir, a buena entendedora...

¡Hollywood! ¡Qué nombre más sonoro! ¡Qué languidez al pronunciarlo! Agrable como el oro es, como éste, tentador... y peligroso. Y en Hollywood hay, en efecto, minas de oro a la vista de todos, exteriores, completamente al descubierto. No se necesitan rudos buscadores de pepitas, sino, simplemente, gente preparada para recibir el beso de las Musas gloriosas. Nada más. Es sencillísimo. No triunfan allí los brazos fuertes, el tesón, la voluntad, sino el genio, una cosa tan sutil y que todos se empeñan en poseer, cuando es patrimonio de un reducidísimo número de elegidos...

Pero la ilusión, el afán de ser, de librarse del cotidiano y obscuro trabajo, ciega a muchos inexpertos—pues la necesidad se divide entre los dos sexos—y a Hollywood afluyen, como las abejas al panal, en tropel, sedientos de superarse unos a otros, para ser los únicos en ocupar el sitio de los primeros.

Y, infortunadamente, no valen consejos ni ejemplos para detener a esas masas ingentes de locos en su descabellado propósito. No, de nada sirven las advertencias, porque tienen tan arraigada en su alma la fe de triunfar, los unos porque su físico es, o al menos se lo figuran, altamente fotogé-

nico, y los otros porque sienten que el divino aliento del arte pugna por manifestarse espléndidamente, que sólo el desengaño, el encontronazo con la realidad, los puede devolver a la razón. Y, entonces, ¿qué de tragedias ocurren? ¡Es tan doloroso el fracaso, y, sobre todo, exhibirlo a los que más voriadamente lo profetizaron!

Sí, sí... Todo lo que ustedes quieran... Siempre se exagera, y es por esta razón que muchos talentos se consumen en la soledad, porque los que debían estimularle al triunfo, se empeñaron en obscurecer su vida para siempre... ¡Ah! Si la envidia fuera tiña...

Eso es lo que opinan los ilusos, y, como uno de tales, lo que pensaba Sally al llegar a Hollywood, recordando el pesimismo de la abuela y de Johnny, unido al de otros lugareños.

¿Cómo no iba a triunfar ella, con lo bonita que era? ¿Acaso necesita algo más una mujer para triunfar delante del público? A ella le bastaba compararse con algunas de sus favoritas de la pantalla, para reconocer que por su tipo y su carita de rosa podía hacer un buen papel comparada con ellas.

Apenas en la ciudad de su quimera, buscó alojamiento, modesto, naturalmente, para empezar, reservándose para más tarde comprarse una villa como la del malogrado Rodolfo Valentino, por ejemplo, y le halló

en una pensión, en la que ocupaban varias habitaciones algunas artistas.

Después de arreglar su cuarto, encaminóse a los estudios para colocarse en seguida, como "estrella", desde luego, porque todos los demás papeles eran insignificantes para ella. Bien estaba que los repartiesen entre las otras muchachas, y así todas quedaban contentas.

Y Sally empezó a ir de aquí para allá, y de allá para acullá.

En todas partes había colas interminables, y la ingenua se dijo:

—¡Caramba! ¡Pues sí que se necesita cola para ser "estrella"!

Y ahora comprendía perfectamente por qué hay, en el cielo, estrellas con cola. ¡Claro! La cola la formaban las otras estrellitas reunidas, que querían emularla en su deslumbrante brillo.

El chiste era muy malo, muy pasado por agua, pero como la infeliz empezaba a estar cansada, no podía aguzar más el ingenio para fabricar otros mejores.

Al fin, después de mucho batallar, logró un empleo. ¡Menos mal!

¿De "estrella"?

¡No corran ustedes tanto! Ella lo sería, pero, paciencia.

Es cierto que Sally creyó que, como el César, llegaría y vencería; pero ahora se acordaba de que el César hacía muchos años

que pasó a mejor vida y, claro, de unos años a aquella parte, las cosas habían cambiado. La frase del emperador romano era ya un mito. Eso de vini, vidi, vinci (vine, vi y vencí) era un cuento táraro. Ahora no se llega, se ve y se vence, como si todo estuviera preparado de antemano, sino que se llega... y se pasan muchas calamidades.

El papelito que le dieron a Sally era... un papel más... un papel, hablando claro, ridículo, teniendo en cuenta sus pretensiones de emular al César... un papel de "extra", es decir, del montón.

Pero Sally se dió por satisfecha. Peor hubiese sido nada, se dijo, y puesta a decir verdades como templos, añadió que ya era bastante suerte conseguir, al llegar, una colocación por siete dólares y medio. Al menos, tenía asegurados los garbanzos, y esto es algo, sobre todo cuando se tiene buen apetito, lo cual es perfectamente compatible con el arte.

Como en los cuarteles y en las universidades, en los estudios de Hollywood hay veteranos y veteranas, como artistas y como eternos "extras".

Guadalupe Hatchim era la veterana de las comparsas. Solterona y de cara cómica, lo mismo servía para un berrido, digo, berrido que para un fregado; y por tal razón se hacía vieja en los estudios, sin pasar de la categoría de "extra" ni cobrar nunca nada extra... ordinario.

Guadalupe se hizo buena amiga de Sally, con la que simpatizó en seguida que la vió en uno de los estudios, donde la casualidad hizo que trabajasen juntas... con otras cien "extras" más.

Sally creía que Guadalupe era toda una "estrella", porque hablaba con todos los artistas y los directores, y, por si ella podía protegerla, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Cinco años, hijita..

—¿Ha trabajado usted con Antonio Moreno?

—Con Moreno y con Rubio y con el hijo de Douglas Fairbanks. Yo trabajo con todo el mundo.

—Como "estrella", ¿verdad?

—Sí, como "estrella" cocinera u algo análogo...

—¿Sin lucir magníficos vestidos?

—¿Se ha fijado usted en mi cara?

—Puede pasar...

—Pues, no pasa... Es como una moneda fuera de la circulación.

—Yo pienso llegar a "estrella".

—No se haga usted ilusiones... Esto es lo que a uno le parece cuando no lo ha visto aún... Si yo lo hubiese sabido...

—Yo sólo deseo que me den una oportunidad...

—Me alegraría mucho de ello...

En aquel momento, Sally se fijó en una bella joven que interpretaba una escena de la película en que ella debía figurar, y preguntó a Guadalupe:

—Esa es una estrella, ¿verdad?

Guadalupe la miró con piedad, y repuso:

—Sí, lo mismo que usted... A lo sumo, una "extra" de diez dólares.

—¡Como es tan linda!

—¡Y tan tonta!

—¿Tonta? ¿Por qué?

—No sabe ni accionar ante la máquina.

—¿Qué? Pero, ¿hace falta saber accionar para llegar a ser "estrella"?

—Naturalmente. Pues, ¿qué creía usted que se necesitaba? ¿Ser bonita nada más?

—Yo creía que la belleza era lo principal...

—No, hijita... La belleza no es indispensable, aunque, claro está, es preferible ser bonita y fotogénica a un tiempo.

—Y, yo, ¿qué le parezco? ¿Soy fotogénica o no?

—Eso se lo dirá algún día uno de los

directores, y si tiene la suerte de oírselo decir, su fortuna estará hecha.

Sally sonrió y repitióse que ella triunfa-



—Esa es una “estrella”, ¿verdad?

ría y que el director aludido por Guadalupe le diría muy pronto que, como ella, no había otra en los estudios.

* * *

Mientras tanto, en el tranquilo rincón de Fernwood, la madre de Sally, que era modista y subvenía con su trabajo a las ne-

cesidades del hogar, probaba un vestido a una cliente. Esta, que conocía a Sally, preguntó a la madre:

—¿Qué noticias tiene de su hija?

La madre alegróse de que se ocupasen de Sally, y contestó, risueña:

—Que va progresando por días... Ahora está haciendo una gran película, a las órdenes de un gran director.

—Lo celebro, y a ver si pronto la podemos admirar en alguna película que se proyecte en el cine de la localidad.

—Seguramente, eso será pronto.

La ilusa madre, tan quimérica como la hija, fundándose su anhelo en la felicidad de su hija, trabajaba con exceso, por lo que su salud se resentía de ello, debilitándose la luz de sus ojos.

La abuela se daba cuenta de ello, y no pudo menos de sermonear a su hija.

—No debes castigar más tu vista—le dijo.

—Hay que escribir a Sally, pidiéndole que nos mande algún dinero.

La madre miró con intensa sorpresa a la suya, y exclamó:

—¿Importunar a Sally, ahora que está empezando su carrera? ¡Nunca!

—Pero, se trata de salvar tu vista, y si lo supiera Sally, me daría la razón.

—No, no... Yo no haré eso, madre.

En Hollywood, las cosas seguían igual para Sally que cuando llegó.

Sólo ganaba para la pensión... pero seguía esperando, sin debilitarse su entusiasmo...

Hasta que la ingenua encontró, cierta mañana, varios cartelitos colgados de las ventanillas de los estudios, en los que rezaba el siguiente anuncio:

NO HAY VACANTES

Las encargadas del departamento de distribución de trabajo, viendo a los millares de comparsas que pululaban en demanda de trabajo, que equivalía a solicitar la comida para aquel día, comentaron entre sí, apesadadas:

—¡Cuándo dejarán esos padres ilusos de mandar aquí a sus hijas, porque las encuentran bellas, y no son más que tontas!

—¡Es una lástima! ¡Hay más de cuarenta mil "extras" en Hollywood!... ¡Veinte para cada papel!

Y eso es Hollywood: un poco de suerte al empezar, y, luego, semanas y semanas oyendo la desconsoladora frase: "No hay nada que hacer."

En la misma pensión de Sally vivía otra aspirante a "estrella", llamada Betty Ber-verley.

Betty no tenía trabajo, pues era exactamente igual que Sally; pero se consolaba

más que ésta... porque sabía tomar la vida por el lado soniente.

Viendo triste a Sally, Betty se le acercó y trató de consolarla, diciéndole:

—Comprendo su estado de ánimo, pero no hay que desesperarse... Siempre hay un recurso...

¿A qué recurso se refería? Sally no la comprendió, y repuso, melancólica:

—El único recurso es tener paciencia, hasta que le den a una ocasión de lucirse...

—Bueno.. Armese, pues, de paciencia... y se morirá usted de hambre. Vamos, levante usted esa cara tan requetemonina que Dios le ha dado, y míreme y copie de mí. A las penas, pufialadas...

—Yo tengo otro carácter, Betty...

—Peor para usted, hijita... Anímese de una vez... ¿Quiere usted salir esta noche conmigo? Ya ve que a casa no traen nada...

Sally se dejó convencer y salió con Betty, quien la condujo a un cabaret frecuentado por artistas de cine y amigos de éstos.

Pero como Sally no tenía ropa fina, sino la que usaba en Fernwood, a prueba de resfriados, Betty le proporcionó combinaciones interiores de muy buen gusto.

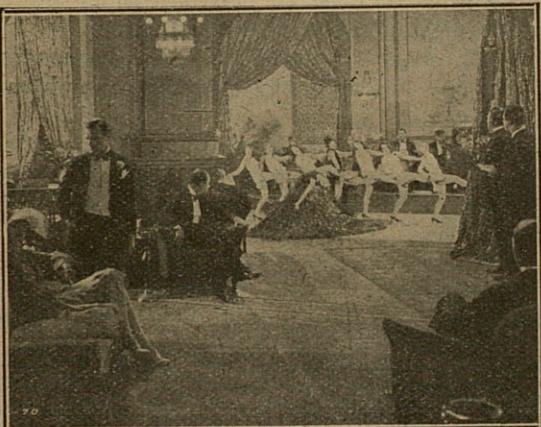
Luego, ambas muchachas se sentaban a una mesa ocupada por varios caballeros, a los que Betty conocía...

Buenos manjares, al son del ruidoso jazz-

band, son cosas que hacen olvidar un poco los sinsabores de la vida...

Sally estaba contenta y agradecía a Betty el haberla llevado a aquel restaurante lleno de artistas y de admiradores de éstos.

Todas las atracciones entusiasmaban a



...la condujo a un cabaret...

Sally, que se ponía a aplaudir frenéticamente al final de cada una de ellas.

Betty sonreía por lo bajo a los caballeros, y, una de las veces, Sally vió que todos los aplausos habían cesado y que ella seguía aplaudiendo rabiosamente, como un

chiquillo ante una atracción de circo; y se avergonzó.

Grant Payne, un calavera con dinero, para quien Hollywood no era más que un inmenso coto, donde se iba a caza de conquistas, estaba junto a Sally en la mesa, y la prodigaba sus galanteos de hombre ducho en amores.

Sally, al ver su torpeza aplaudiendo cuando nadie aplaudía ya, dijo a Grant:

—Se me debe conocer en la cara que soy pueblerina... ¡Todo me llama la atención!

—Ya irá usted acostumbrándose. Yo me ofrezco a acompañarla a todas partes y a educarla en este ambiente, que tanto interesa a la formación de una artista de cine...

—Es usted muy amable... pero no sé si debo... y como ahora estoy sin trabajo...

—No se preocupe usted por eso... Todos los grandes productores de películas son amigos míos... Conque, si necesita usted alguna recomendación...

—Se lo agradecería a usted mucho, señor Payne...

—Pues, considérese usted colocada, y bien colocada... ¡No faltaría más! ¡Con lo preciosa que es usted! ¡Cuántas "estrellas" no tienen las cualidades físicas que adornan a usted!

—¿Y cree usted que podré llegar a "estrella"?

—¡Ya lo creo! A otras con menos méri-

tos he hecho yo escalar la cima de la gloria, por simpatía nada más...

Betty, al oír expresarse de aquel modo, comentó con los otros ocupantes de la mesa:

—Grant es de lo más grande que he visto... Ahora la quiere hacer creer que almuerza todos los días con los directores más famosos, cuando no conoce a ninguno.

—Pero si la chica lo cree, mejor para él —contestó uno de los hombres, a quien gustaba mucho Sally, que era bocado de cardenal para un conquistador.

Sally dijo, de súbito, a Betty, señalándole a una hermosa mujer que cenaba con un caballero:

—¿No es aquélla una "estrella" Betty? Esta se echó a reír y exclamó:

—¡Qué más quisiera ella! Es una conjuntista, como usted y como yo...

—¿Dónde se meten las "estrellas", entonces?

—A esta hora, en casa, durmiendo... ¿No ve que se tienen que levantar a las siete?

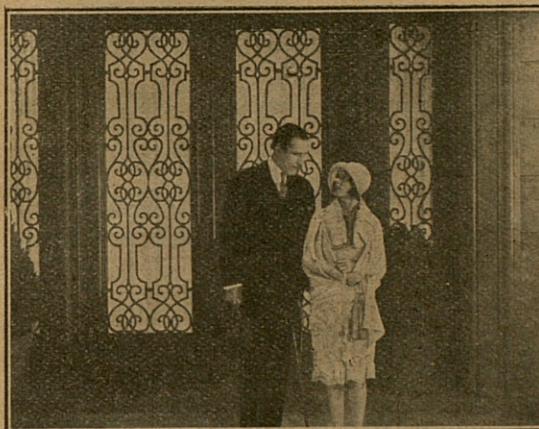
Era verdad, y para Betty, era mejor la vida que llevaba, de cabaret en cabaret, siempre en compañía de caballeros... más o menos caballeros, que la de las "estrellas", que se acostaban cuando las celestes aparecían y se levantaban con el sol.

—Y Sally? ¿Qué haría Sally? ¿Se decidiría por la imitación de las costumbres de

Betty? ¿Renunciaría a sus quimeras de gloria?

No. Ella era distinta a su amiga. Ya lo había dicho antes, y se afirmaba en ello.

Sin embargo, aceptó otras invitaciones de Payne, pero no tuvo nunca que echarle en cara nada censurable. En efecto, el conquistador profesional se mostraba muy res-



...aceptó otras invitaciones de Payne...

petuoso con ella, esperando el mejor momento de dejar de serlo.

Mientras que allá en Fernwood, Johnny, que no podía olvidar un solo instante a Sally, escribía borrador tras borrador de

carta, rompiéndolos todos, enojado porque ella no le mandaba siquiera unas líneas de saludo... toda vez que de amor no le podía hablar... porque se separaron muy disgustados.

El compañero de trabajo de Johnny comprendió la amargura que le causaba a éste la ausencia de Sally, y le dijo, afligiéndole que la ilusa trajese a mal traer al simpático muchacho.

—Olvida a esa locuela... No se merece que sufras así por ella.

Pero Johnny miró severamente a su compañero, y rumoreó:

—La tengo en mi corazón, forma parte de él... y arrancarla a ella, sería arrancar mi vida...

* * *

Guadalupe se enteró de las frecuentes salidas de Sally con Payne, y como mujer experimentada creyóse en el deber de poner sobre aviso a la incauta joven, que, cual paloma, se dejaba rondar por el gavilán.

Fué a entrevistarse con ella en la pensión, y le dijo, de buenas a primeras:

—Sé que ha vuelto usted a los estudios, y lo celebro.

—Ya era hora, Guadalupe... He descansado demasiado... y sin recursos no se puede vivir.

—A mí también me han tenido algún tiempo de "vacaciones", pero ya vuelvo a trabajar.

—También lo celebro...

—Yo... quería decirle una cosa, Sally...

—Pues... usted dirá.

—Aunque sea meterme en lo que no me importa, le aconsejo que no haga mucho caso a Grant Payne.

—Pues, el señor Payne es muy amable y muy influyente... Por él me han dado trabajo hoy.

—Recuerde bien lo que le digo: no se fíe de ese hombre.

* * *

Entre las varias "extras" contratadas para cierta película, Sally fué elegida para interpretar un papel con Guadalupe, que representaba ser tía suya, coincidiendo casualmente en trabajar juntas.

Si fué elegida, se debió a la influencia de Guadalupe como veterana de las "extras".

Sally debía llamar la atención de "su tía" y lamentarse de la partida de un ser muy querido.

Empezó la escena, pero como en ella pu-

so Sally poco ánimo, el director le aconsejó más ardor, más sentimiento, más naturalidad; y entonces la muchacha, exagerando la nota, hizo la escena tan a lo vivo, que la pobre Guadalupe vino a dar con sus huesos en el suelo, ante lo que le gritó el director:

—Le dije que le llamara usted la atención, pero no que la dejase fuera de combate.

—Bien, bien... Es que...

—Si no sabe usted hacerlo, dígalo y no nos haga malgastar otros cien dólares!

La infeliz se desconcertó, y no daba pie con bola, ante la cual comentó uno de los directores con otro:

—Aunque esté ensayando hasta el día del juicio, será inútil...

Y le quitaron el papel, creyendo morirse de pena la infortunada ilusa.

Guadalupe se apartó con Sally y le habló como una hermana mayor:

—Por qué no se vuelve usted al pueblo? Pero Sally, convencida de que habían cometido con ella una injusticia, replicó:

—Qué culpa tengo yo de que ese director sea un asno? Ya se lo diré al señor Grant.

—Ni Grant, ni nadie, podrá hacer que usted dé un paso más en esta carrera. Créame; vuélvase a casa y cásese con Johnny, de quien tantas veces me ha hablado, de-

mostrándose que le quiere usted más de lo que usted misma se figura.

Pero Sally era terca, y pensando que Payne tenía influencia en los estudios, fué a contarle lo que le había ocurrido, para que la rehabilitase delante de todos.

—Yo he estado muy natural y muy bien; pero el director no lo ha sabido comprender.

—¿Qué director era? —inquirió Payne,



—¿Qué director era?

mostrándose ofendido, como su "recomendada".

La infeliz no sabía que Payne no la ha-

bía recomendado, ni mucho menos, y que si halló trabajo fué por pura casualidad, pero como iba con Payne, y éste fué quien vió el cartelito y la empujó hacia el estudio, creyó que era a él a quien debía el empleo.

Sally dió a Payne el nombre del director y añadió, el embustero de marca mayor:

—Le diré que es usted una buena amiga mía, y ya verá cómo le proporciona otro papel más importante. Pero... ¿qué me dará usted a cambio de ello, Sally?

—¡Pobre de mí! ¡Qué quiere que le dé, señor Payne?

—Un poco de... cariño.

E intentó abrazarla; pero Sally, muy digna, le rechazó, y, comprendiendo el alcance de aquel cariño, le dijo:

—Perdone, señor. Me parece que los dos nos hemos equivocado.

Y lo dejó plantado, mientras Payne exclamaba:

—¡Mala cabeza! ¡Ponerse así conmigo, cuando yo la podía hacer llegar a "estrella"!

* * *

Sally buscó empleo en la ciudad, y lo halló en un restaurante económico, como camarera.

Guadalupe fué a desayunarse en él y la encontró, alegrándose de volverla a ver.

—¿Hace mucho que trabaja usted aquí, Sally?

—Un par de semanas.

—Yo también voy detrás de una colocación, porque el arte está muy mal...

—Dígamelo usted a mí...

—Y qué, ¿ha sabido usted algo de Johnny?

—No... ¡Qué voy a saber de él, si no le he escrito! ¡Para qué? ¡Para contarle mentiras?

—Usted me ha dicho, más de una vez, que Johnny la amaba desinteresadamente. ¿Por qué no vuelve usted a él?

—Ya es tarde... Me da vergüenza... En Fernwood todos creen en mi éxito...

¡Qué tragedia la de Sally! ¡Qué sería de ella en aquella ciudad, sin amparo de nadie?

Y Guadalupe, que era una buena mujer, meditó, meditó...

* * *

El negocio del restaurante económico no laba para pagar a varias camareras, y Sally se vió otra vez en la calle y sin recursos.

Obligada por la patrona de la pensión a liquidar cuentas atrasadas, la infeliz tuvo que suplicarle de nuevo que esperase, pues

no tardaría ya mucho en encontrar un nuevo empleo.

En tan críticas circunstancias, recibió Sally un telegrama de su casa, y al leerlo, todo su ser se estremeció de angustia.

Decía así el parte:

Necesitamos que envíes urgentemente quinientos dólares para que mamá pueda operarse de la vista, en trance de perderla. Besos de tu abuela.

¡Su madre, ciega! ¡Oh! ¡Nunca! ¡Y todos creían, allá en el pueblo, que ella había triunfado, coronando así los esfuerzos que había hecho su buena y santa madre para que la gloria le sonriera! ¡Oh, Dios!

Y en tan terrible apuro pensó, sin poderlo remediar, en Payne. ¡Estaba dispuesta a hacer todas las concesiones que este conquistador quisiera, a cambio de que le entregase el dinero que salvaría a su madre!

Le llamó por teléfono, y Payne acudió presto. Ella le mostró el telegrama recibido de su abuela, y el galanteador sonrió. La paloma sería suya. Esta era la concesión que él reclamaba.

La convenció de ir con él a su casa, donde recogería el dinero para ir a depositarlo en el giro telegráfico, y al verse en la morada

del soltero, Sally comprendió el grave paso que había dado. Necesitando coordinar sus ideas, suplicó a Payne:

—Déjeme sola unos momentos... Necesito reponerme del disgusto que me ha causado la noticia de que mi pobre madre queda ciega.



—Déjeme sola unos momentos.

Payne se alejó hacia otra habitación, y esperaba el momento de regresar junto a la paloma, fumando un cigarrillo oriental, que le hablaba de voluptuosidades sin fin.

Pero...

Sally, sin ella saberlo, tenía una buena protectora: Guadalupe.

Las meditaciones a que ésta se libró al ver desamparada a Sally, la condujeron a la idea de avisar a Johnny, y éste, llegado en aquellos momentos, presentóse con Guadalupe en casa de Payne, enterados ambos de que estaba allí, por la patrona de la pensión de Sally.

Guadalupe había encontrado en la habitación de Sally el telegrama de su abuela, y tanto ella como Johnny comprendieron el sacrificio que la muchacha iba a imponerse.

Johnny y Payne se miraron con aire agresivo, reconociéndose rivales uno y otro, y, dispuesto a todo por salvar a Sally, el primero abalanzóse al sinvergüenza, que le cerraba el paso; y lo dejó para el arrastre.

Sally acudió al rumor de la pelea, y abrazóse a Johnny, llorando de alegría.

Y como la lección de Hollywood había sido dura, Sally regresó con Johnny a Fernwood, donde la madre de la ilusa volvía a recuperar la vista, gracias a la generosa ayuda de Johnny, que había vendido unos terrenos heredados de sus mayores, para que la enferma sanase, proporcionándole cuanto necesitaba.

Y, así, no pensando en tonterías, sino en

realidades, todos fueron felices, y en sus momentos de plática recordaban a la buena Guadalupe, que, sin hogar, debía estar bosteando por los estudios de la fantástica Hollywood.

F I N

¡GRAN EXITO!

en las selectas *Ediciones Especiales* de

La Novela Semanal Cinematográfica

de la formidable novela

La Bailarina de la Ópera

por DOLORES DEL RIO
y CHARLES FARRELL

ESTA SEMANA:

BEN-ALÍ

EN PREPARACIÓN:

Los Cuatro Diablos

por JANET GAYNOR
Dirección: MURNAU
FILM TITAN FOX

E
B

